



# Ventisquero

Libro para estudiantes

3<sup>er</sup>  
grado



# Ventisquero

Antología de cuentos para tercero

### **Coordinación autoral integral**

Beatriz Diuk

### **Coordinación de la antología**

Julia Coria

### **Autoría de los cuentos**

Graciela Repún

Adela Basch

Margarita Mainé

Melina Pogorelsky

Diego Pazkowski

Luciana De Luca

Marín Blasco

Florencia Gattari

Julia Coria

Ángeles Durini

### **Autoría de las actividades**

María del Pilar Gaspar

Mara Bannon

### **Edición**

Andrea L. Saiz

### **Diseño y diagramación**

Mercedes Mayans

### **Ilustraciones de los cuentos**

Afra (Soledad Martínez): "Momotaro, el niño durazno" y "La carrera de nubes"

Rocío Alejandro: "Adelante, navegante" y "El regalo"

Guadalupe Belgrano: "Un ataque de poesía" y "Por botín un botón"

Gabriela Burin: "Yací y su muñeca" y "El chico que se enamoraba de las palabras"

Ana Mac Donagh: "Caperucita Roja" y "El idioma del planeta Nuri"

### **Ilustraciones de las actividades**

Sabrina Dieghi

Guadalupe Belgrano

### **Fotografía**

Wikimedia commons-Daiju Azuma

Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN: 978-631-90215-1-6

Ventisquero : antología de cuentos para tercero / Graciela Repún ... [et al].  
- 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Dale, 2024.  
72 p. ; 28 x 22 cm.  
ISBN 978-631-90215-1-6  
1. Alfabetización. I. Repún, Graciela.  
CDD 372.4

Esta obra se terminó de imprimir en

A toda tinta S.H San Martín 1863, Santo Tomé. Febrero 2026.

## Índice

<b>Caperucita Roja</b>	4
Graciela Repún	
<b>¡Adelante, navegante!</b>	8
Adela Basch	
<b>Yací y su muñeca</b>	12
Margarita Mainé	
<b>Momotaro, el niño durazno</b>	17
Melina Pogorelsky	
<b>Un ataque de poesía</b>	21
Diego Paszkowski	
<b>La carrera de nubes</b>	25
Luciana De Luca	
<b>El idioma del planeta Nuri</b>	30
Martín Blasco	
<b>El chico que se enamoraba de las palabras</b>	33
Florencia Gattari	
<b>El regalo</b>	38
Julia Coria	
<b>Por botín, un botón</b>	44
Ángeles Durini	
<b>Actividades</b>	48



# Caperucita Roja

Graciela Repún

Había una vez una nena encantadora que cada vez que salía de su casa, hiciera frío o calor, se ponía un abrigo de terciopelo colorado que le había regalado su abuela.

Tanto usaba su abrigo con capucha, que todos la conocían como "Caperucita Roja".

*(¿Sabría que esa ropa la haría famosa?)*

—La abuela no se siente bien— le dijo una mañana su mamá.—Me gustaría que le llevaras este pastel. Por el camino que atraviesa el bosque, sin distraerte, llegarás antes del mediodía.

—Así lo haré— contestó Caperucita.

Su madre la miró alejarse.

*(Si hubiera imaginado lo que iba a pasar, ¿habría dejado ir sola a Caperucita?)*

Caperucita Roja caminaba con rapidez cuando un lobo se cruzó en su camino.

—¡Buenos días!— la saludó amablemente.—¿A dónde vas tan temprano?

—A casa de mi abuelita. Está un poco débil y le llevo comida.

—¿Y es muy lejos?

—No. Es ahí, ¿ves?— señaló Caperucita.—Donde están los robles altos, cerca del molino.

En ese momento, el lobo pensó: "Ya sé lo que comeré hoy. Entrada: abuela. Plato principal: niña tiernita". Pero solo dijo:

—¡Qué hermoso está el bosque! ¿No? Las mariposas parecen pequeñas hadas. El sol reflejado en cada hoja, monedas de oro. Las flores, retazos de arco iris. ¿No te dan ganas de cortarlas?

Caperucita pensó: "Este lobo es demasiado romántico. Parece cursi". Pero dijo:

—¡Buena idea! Juntaré un ramo de flores para mi abuela.

El lobo se despidió y se alejó rápidamente.

*(¿Qué habría pasado si ella hubiera notado su mirada mentirosa?)*

Mientras Caperucita juntaba flores, el lobo corrió a la casa de la abuela y llamó a la puerta.

—¿Quién es?— preguntó una voz temblorosa.



—Soy yo, Caperucita— respondió el lobo, tratando de que su vozarrón saliera finito.

La abuela pensó que su nieta sonaba diferente, como si no fuera ella. Pero dijo:

—Dejé la puerta sin llave. Adelante.

*(¿Qué habría sucedido si hubiera desconfiado de esa voz desconocida?)*





Pero la abuela hizo pasar al lobo que se acercó a la cama, abrió su bocota y se la devoró de un solo bocado. Después, buscó en los cajones un camisón y una cofia. Y se acostó, tapado hasta las orejas.

Esperó así hasta que Caperucita tocó la puerta, y habló como si fuera la abuelita. Nadie esperaría que la voz de una abuela resfriada, cubierta por frazadas, sonase como siempre. Pero su nieta sintió una extraña sensación en el estómago.

*(¿Qué habría sucedido si hubiera prestado atención a su inquietud?)*

Caperucita entró y se acercó a la cama. La apariencia de su abuela la sorprendió:

—¡Abuelita! ¡Qué orejas grandes!— dijo.

—Son para oírte mejor.

—Abuelita, ¡qué ojos grandes!

—Son para verte mejor.

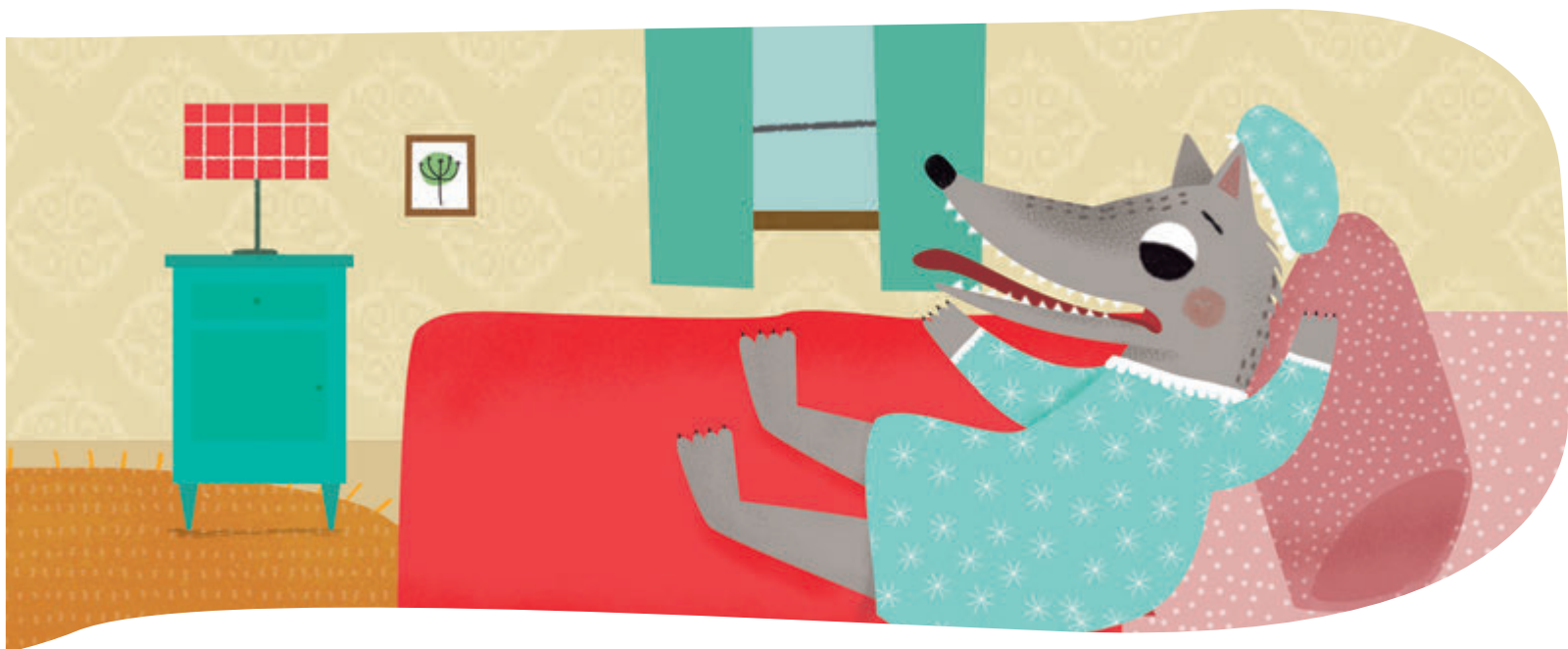
—¡Abuelita! ¡Qué boca más grande!

—¡Es para comerte mejor!— exclamó el lobo. Y se tragó entera a la pobre Caperucita Roja, también de un bocado.

*(¿Qué habría pasado si Caperucita hubiera corrido las cortinas y dejado entrar la luz del sol?)*

Con la panza llena, el lobo se quedó dormido. Roncaba tan fuerte que llamó la atención de un cazador que pasaba por los alrededores.

—¿Le pasará algo a la anciana? Nunca hace tanto ruido cuando duerme...— se dijo.



El hombre golpeó la puerta, pero nadie respondía. Entró y al acercarse a la cama, vio al lobo e instantáneamente alzó su rifle. Pero por suerte, después pensó:

"¿Y si la abuelita todavía está viva, dentro de la panza del lobo?"

Y por suerte, lo que pensó lo llevó a hacer lo que hizo.

Dejó la escopeta y le abrió la barriga al lobo en una rápida operación.

Al instante, asomó Caperucita Roja.

—Estaba muy oscuro allí adentro— dijo.

Después, se asomó la abuela.

—¡Oscurísimo!— exclamó.

Sin que el lobo saliera de su pesado sueño, le cosieron la panza. Pero antes, se la rellenaron con piedras. Cuando el animal despertó y vio a Caperucita, su abuela, el cazador y su escopeta apuntándole, quiso correr. Pero, ¿quién puede correr con semejante peso en la panza?

*(¿Qué habría pasado si la abuela le hubiera regalado a su nieta un tapado azul? ¿Y si el lobo hubiera sido vegetariano? ¿Y si Caperucita no...?)*

Mejor no sigamos con las preguntas. La respuesta a todas es:

Este cuento no hubiera existido o sería otro.

Por eso, al que le guste así, que así lo lea, y así lo cuente.

Y el que quiere cambiarlo, que así lo haga.

Y colorín colorado... Mientras este cuento se siga contando, ino habrá terminado!

## ¡Adelante, navegante!

Adela Basch

—Yo quiero ser navegante— dijo esa mañana Marco Delarco.—Quiero pasarme la vida viajando en barco.

Su tío abuelo Froilán Cha y su tía abuela Enrica Noa, que se habían pasado la vida recorriendo el mundo y surcando los océanos más bellos y profundos, lo habían dejado como único legítimo heredero de un hermosísimo y excelente velero.

La decisión ya estaba tomada. Pero de pronto recordó una dificultad inesperada.

A Marco le fascinaba el mar y le encantaba ir a la playa y nadar. Pero nunca había navegado en alguna embarcación, ni siquiera en un bote o en una balsa sencilla, porque lo aterraba la idea de un naufragio que le impidiera volver a pisar la orilla.

Sin duda, era un gran inconveniente. La sola idea de perderse para siempre entre las olas le hacía temblar los dientes. Pero al mismo tiempo, ¡qué lucha!, ansiaba recorrer los mares, desembarcar en islas desconocidas y explorar nuevos lugares.

El agua tenía para él un maravilloso encanto. Nada había en el mundo que le gustara tanto. Pero no podía superar de ninguna manera el miedo de quedar en medio del oleaje, asido a algún frágil trozo de madera.

¡Qué tremendo desafío! ¡La situación lo hacía pasar en un instante del calor al frío!

Mañanas, tardes y noches se dedicó a pensar incesantemente. Hasta que al final, tuvo una ocurrencia que le iluminó la mente.

Entró a una tienda de artículos de navegación llamada “El que nada no se ahoga” y compró metros y metros de una fuerte y resistente sogá. Entonces, fue hasta el velero y esto es lo que hizo primero: lo ató a una punta de la sogá, tan extensa que podía cubrir una distancia inmensa. Ató el otro extremo a un muelle con nudos de tanta firmeza, que todos los temores abandonaron su cabeza.

Poco después, zarpó y se lanzó a la aventura. Sentía que podía enfrentar el mar abierto con actitud serena. Y al mismo tiempo, estaba tan seguro como si nadara en una bañera.

Pasaban los días y Marco navegaba con alegría. Ya no le asustaba estar lejos de la orilla. La soga lo mantenía unido a tierra, ¡qué gran maravilla!

Las olas podían hacer lo que quisieran. A él ya no le atemorizaba que lo embistieran. Tampoco temía que se desencadenaran vientos o tornados. Estaba protegido, nunca tendría que regresar a nado.

La idea de un naufragio se había ido por completo de su pensamiento y se sentía tranquilo y contento. Además, la brisa era apacible y no se le presentaron peligros terribles.

De pronto, junto al velero emergió la cabeza de un delfín que saludó a Marco Delarco con sus aletas y de inmediato comenzó a hacer divertidas piruetas.

—¡Hola, amigo delfín! Hace tiempo que quiero conocer personalmente a un pez saltarín— le dijo el navegante para darle la bienvenida.—Me siento muy feliz. Estoy realizando el sueño de mi vida, navegar por los mares y conocer maravillosos lugares.

El delfín dio unos cuantos saltos en los que le asomó todo el cuerpo y Marco entendió que le decía: “¡Cuánto me alegro!”.



Enseguida, Marco tuvo la oportunidad de saludar a un animal marino de tamaño tan descomunal, que le hizo pensar que en todo el planeta no habría otro igual.

—¡Hola, amiga ballena!— exclamó—, encantado de verla. Estoy en medio de una experiencia muy buena. Siempre pensé que recorrer los mares me traería una gran felicidad, y ahora, por fin, se ha vuelto una realidad.

La enorme ballena lo acompañó un buen trecho, mientras Marco disfrutaba de su compañía muy satisfecho. Finalmente, la inmensa criatura marina hizo un gesto que Marco interpretó como una despedida.

Al rato, cerca del feliz navegante pasó un barco bastante más grande que el suyo, que llevaba muchos tripulantes. Enseguida entablaron un diálogo muy animado con Marco, que estaba cada vez más entusiasmado.

—¡Hola, amigos marineros! ¡Yo soy Marco, hombre de mar y aventurero!

—¡Hola, amigo! ¡Te deseamos una feliz navegación a bordo de tu hermosa embarcación!

—Por favor, si se cruzan con algún salmón, denle de mi parte un abrazo de todo corazón.

—Si te salen al encuentro peces de colores, que sepan que para nosotros adornan el mar como si fueran flores— le respondió un marinero.



—Y si se te acerca algún pejerrey, no te olvides de decirle que yo lo considero un rey— agregó otro, que llevaba anteojos con marco de carey.

—Y yo les mando mis cariñosos saludos a todas las mojarritas— exclamó un marinero que se protegía del sol con una llamativa gorrita.

—Yo te pido que, si ves a las toninas, les digas de mi parte que son divinas. Ah, y cuando visites una isla, no dejes de probar los cocos— gritó otro marinero mientras su barco ya se iba alejando de a poco.

Marco navegaba contento; ver la inmensidad del mar y el horizonte lo hacían sentir dichoso. ¡Era un paisaje verdaderamente hermoso!

Avanzaba cantando mientras movía el timón, cuando de pronto, vio una isla que le llamó la atención.

¡Ah! Desembarcar en una isla desconocida. ¡Quién sabe qué descubrimientos haría! Seguramente habría frutas sorprendentes y sabrosas, y aves de dulce canto y plumas hermosas.

El velero se iba acercando a esa orilla nueva, ansioso por pisar su dorada arena. “¡Ya falta poco! ¡Ya casi la toco! Pasaré unos días en esta isla y después me internaré en el mar abierto para visitar lejanos puertos.”

Así pensaba Marco, cuando sintió que el velero se detenía con un fuerte tirón y que no respondía a los movimientos del timón.

Poco tardó en comprender que la soga había llegado al límite de su extensión, y enorme fue su decepción. No podría seguir adelante. Y eso era terminar con sus sueños de navegante. Pero un momento después, se dio cuenta de que no quería abandonar su anhelo. ¿Por qué iba a dejar de navegar, si cuando lo hacía se sentía tan feliz que le parecía estar tocando el cielo?

Así fue como resolvió que lo que iba a dejar atrás era su miedo, y al pensar en navegar sin ataduras no se le movió ni un pelo. ¡Era el mismo Marco de siempre, pero al mismo tiempo era un Marco nuevo!

Una vez tomada la decisión, en un instante deshizo el nudo que ataba la soga a la embarcación. Ahora sí podía elegir su rumbo: lo esperaban todos los mares del mundo.



## Yací y su muñeca

Margarita Mainé

Yací era una niña pequeña que vivía con sus padres en una cabaña, en medio de la selva, en Brasil.

Le gustaba subir a los árboles como los monos, observar a las hormigas y darles de comer a los pájaros.

A veces, se entretenía haciendo figuras de barro que dejaba secar al sol. Otras veces, dibujaba en la tierra con un palito, como si fuera un lápiz.

Sus juguetes eran las ramas de formas extrañas y las piedras de colores que encontraba en la orilla del río.

Un atardecer, llegó de visita su abuela, que vivía muy lejos.

—¿Es que esta niña no tiene una muñeca?— preguntó al ver los juegos de Yací.

—No hay muñecas en la selva— dijo el papá.

Entonces, la abuela fue hasta la huerta a buscar un choclo de la planta de maíz. Le sacó los dientes amarillos, que la mamá usó para la sopa, y estuvo varios días trabajando con la mazorca sin decir a Yací lo que estaba preparando.

—Aquí tienes, pequeña, este es mi regalo— dijo el día en que volvía a su pueblo y le entregó a Yací una muñeca hecha con la mazorca y envuelta con una tela.

—La llamaré Curumí— dijo la niña muy feliz, despidiendo a su abuela con un abrazo.

El padre de Yací trabajaba todo el día en un pueblo cercano mientras ella y su madre quedaban solas en la cabaña.

La mamá pasaba gran parte del día en la huerta donde sembraba y cosechaba calabazas, pimientos, mandiocas, maíz y muchas otras cosas que después usaba en la cocina.

Yací jugaba todo el día.

Por eso, cuando los padres llegaban a la noche muy cansados, le pedían a la niña que ayudara un poco en las tareas de la casa.

—¿Puedes lavar las verduras para la comida?— le decía su madre.



—Es que mi muñeca tiene sueño y tengo que cantarle su canción de cuna— se excusaba Yací.

—¿Puedes ayudarme a preparar la mesa?

—Es justo la hora de bañar a mi muñeca.

—¿Puedes barrer la cocina?

—Es que ahora Curumí tiene hambre.

Esto se repetía cada vez que le pedían ayuda a Yací.

—¿Es que solo te importa tu muñeca?— preguntaba la madre, mientras hacía sola todos los quehaceres.

Una mañana, muy temprano, la mamá de Yací fue hasta el río a lavar la ropa y la trajo hasta la casa en un fuentón.

—¿Puedes colgar la ropa al sol para que se seque?— le preguntó a Yací.—Yo tengo que ir hasta la huerta a trasplantar unos plantines de tomates.

—Claro que puedo— dijo Yací, como una niña muy educada.



Pero cuando la mamá se alejó, Curumí tenía hambre y Yací se entretuvo dándole de comer. Al rato, recordó la tarea que su madre le había dejado y ya se preparaba para hacerla, cuando la muñeca quiso upa.

Más tarde, Yací volvió a ver el fuentón y se preparó para colgar la ropa, pero justo Curumí quería que la llevara de paseo y tuvo que darle el gusto.

Y así transcurrió la mañana.

Cuando la madre regresó de la huerta, vio a lo lejos que la ropa aún no estaba colgada y se enojó mucho:

—¿Es que no puedes hacer otra cosa que jugar con tu muñeca, niña egoísta? Voy a tirártela al río y verás cómo tienes tiempo de colgar la ropa.

Yací, muy asustada, corrió hacia el río con su muñeca en los brazos.

—¿Dónde puedo esconderte para que mamá no te tire?— le dijo preocupada.

Una tortuga que estaba escarbando en la arena escuchó las palabras de Yací y le dio un consejo:

—Puedes enterrarla aquí, como yo hago con mis huevos. Te la cuidaré mientras espero que mis pequeños salgan de la arena.



—Pero si la entierro, no podrá respirar— dijo Yací preocupada.

—Déjale la cabecita afuera, así podré verla y cuidarla mejor.

Yací decidió hacerle caso a la tortuga, ya que su abuela le había dicho que era el más sabio de los animales. Acomodó a Curumí en la arena y le dijo que muy pronto vendría a buscarla. Después, volvió a la cabaña corriendo antes de que su mamá volviera a enojarse porque había ido hasta el río sin permiso.

Al día siguiente empezó a llover. Cualquiera sabe que cuando llueve en la selva, no llueve un día ni dos, sino un largo tiempo.

Yací miraba por la ventana el agua, que no dejaba de caer, y pensaba en su querida muñeca. Y así pasaron muchos días, mamá y Yací, adentro de la cabaña, haciendo tortas fritas y cantando canciones a la lluvia.

Hasta que un día llovió menos, y al día siguiente casi nada y a los dos días salió el sol. Los papás de Yací tuvieron que arreglar los alrededores de la cabaña y la huerta donde habían crecido muchas malezas.

—¿Puedo ir hasta el río?— preguntaba la niña, pero el padre le decía que el camino estaba inundado aún.

Una semana después, Yací consiguió el permiso y fue corriendo hasta la orilla a buscar a su muñeca; pero después de tanta lluvia, no podía reconocer el lugar donde la había enterrado.

—¡Curumí! ¡Curumí! ¿Dónde estás?— gritaba con todas sus fuerzas.

Como no la encontraba, se acercó a la orilla del río y llamó a la tortuga.

—¿Qué quieres, niña?— le dijo el animal saliendo del agua.

—¿Me cuidaste la muñeca? No puedo hallarla.

Entonces la tortuga la llevó hasta el lugar donde había enterrado a Curumí, pero Yací no podía verla.

—Aquí solo hay una pequeña planta, esta no es mi muñeca— dijo muy triste.

—No llores, niña— dijo la tortuga.—Espera al verano y recuperarás tu muñeca.

Yací regresó apenas a su casa y dijo a sus padres:

—¿Cuándo empieza el verano?

—Faltan dos meses— respondió el padre.

A partir de ese día, apenas despertaba, Yací volvía a preguntar:

—¿Ha llegado el verano?

—¿Hoy ya es verano?

Una y otra vez sus padres le respondían con gran paciencia pensando que la niña quería disfrutar el calor y los baños en el río.

Una mañana, mientras desayunaban, fue la madre la que dijo:

—¡Hoy es un gran día, Yací! Empieza el verano y llega tu abuela.

—¿Puedo ir al río?

—Sí, puedes ir— dijeron los dos, divertidos por la insistencia de su hija.

Yací corrió entonces y encontró a la tortuga rodeada de sus pequeñas tortuguitas.

—¿Dónde está mi muñeca?— preguntó Yací.

—Ahí mismo— respondió el animal.—Y creo que no está sola.

Yací vio entonces que en el lugar donde había dejado a Curumí había una enorme planta de maíz que ofrecía sus choclos amarillos.

Ahora Yací no tendría una muñeca...sino que su abuela podría hacerle muchas.



# MOMOTARO, el niño durazno

(Versión del cuento tradicional de Japón)

Melina Pogorelsky

Hace mucho tiempo, en un pueblito de la montaña, había una pareja de ancianos. Siempre habían deseado profundamente tener hijos, pero ese deseo no se había hecho realidad.

Todos los días bajaban juntos hasta el río. Él iba a recoger leña y ella, a lavar la ropa.

Una mañana, la mujer vio en el agua un durazno tan enorme como nunca habían visto. El anciano lo agarró y lo partió al medio.

Cuando descubrieron lo que había adentro, primero se quedaron sin palabras. Y luego exclamaron con emoción:

—¡Un niño! ¡Un pequeño y hermoso niño!

Sin dudar, la pareja llevó a su casa al pequeño. Lo llamaron Momotaro, ya que en japonés “momo” quiere decir durazno o melocotón, y celebraron con alegría esta sorpresa del destino.



Momotaro fue criado con tanto amor y cuidados que creció hasta convertirse en un muchacho sano y fuerte. Sus vecinos lo adoraban porque eran testigos de cómo les había cambiado la vida a sus padres. Y, además, era muy divertido y siempre estaba dispuesto a ayudar a todos.

Sin embargo, la felicidad de los ancianos y de todo el pueblo no podía ser completa.

Con frecuencia, los ogros atacaban la aldea para robar las pertenencias de los habitantes; dejaban el lugar patas para arriba y a los pobladores, asustados.

—Se acabó— dijo un día Momotaro.—¡Yo iré a la Isla de los Ogros para terminar con esto!

Sus padres lo despidieron con un largo abrazo. El anciano le entregó una katana que había labrado con sus propias manos y la anciana le dio una gran provisión de bolas de arroz y mijo.

Momotaro partió valientemente camino a la Isla de los Ogros.

Cuando había recorrido un buen trecho, encontró a un perro hambriento:

—Guau, guau... ¿A dónde vas? Si me das comida, yo voy detrás.

Momotaro le convidó algunas de sus bolas de arroz y mijo, y el perro se sumó a la caminata.

A mitad de camino, apareció un mono.

—Uh, uh, ah, ah... ¿A dónde vas? Si me das comida, yo voy detrás.

Momotaro también le convidó un poco de comida, y el mono se sumó a la caminata detrás del perro.

Casi llegando a la isla, se cruzaron con un faisán.

—Kiaah, kiaah... ¿A dónde vas? Si me das comida, yo voy detrás.

Y, como Momotaro no dudó en darle de comer, él también se sumó a la caminata detrás del mono.

Por fin llegaron a la Isla de los Ogros, que los recibieron con horribles gruñidos.

Momotaro y sus amigos se organizaron rápidamente.

—Uh, uh, ah, ah...

El mono fue saltando sobre las cabezas de los ogros y les tapó los ojos uno por uno. Ese era el momento perfecto para que el perro entrara en acción.

—Guau, guau. Guau, guau...

El perro les mordió las piernas hasta dejarlos aullando de dolor. Ahora le tocaba al faisán.

—Kiaah, kiaah. Kiaah, kiaah...

El faisán les picoteó las panzas.

Momotaro los amenazó con su katana en alto y dijo bien fuerte:

—Escuchen bien, ogros. Mi nombre es Momotaro y estos animales son mis amigos. Vengo en representación de mi aldea para defender a mis queridos padres y a mis vecinos. Les damos una oportunidad de rendirse frente a nosotros, devolver todo lo que nos robaron y prometer nunca más acercarse a mi aldea.

—¡Nos rendimos!— gritó uno de los ogros frotándose los ojos doloridos.

—¡Devolveremos todo!— aseguró otro de los ogros mientras se acariciaba las piernas lastimadas.

—¡Nunca más volveremos a tu aldea!— dijo un tercer ogro agarrándose la panza picoteada.



—¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos!— dijeron todos los demás ogros.

Momotaro cargó en una carreta todas las pertenencias recuperadas y emprendieron la vuelta.

El perro tiraba de la carreta.

El mono empujaba por detrás.

Y el faisán indicaba el camino.

Al llegar a la aldea, todos recibieron felices al gran héroe Momotaro y a sus valientes amigos.

En agradecimiento a los animales, los aldeanos los invitaron a vivir con ellos. El perro, el mono y el faisán no podían estar más contentos con la idea, así que aceptaron gustosos.

Los padres de Momotaro organizaron una gran fiesta en la que, por supuesto, no faltó el plato preferido de la familia: una deliciosa tarta de duraznos.





# Un ataque de poesía

Diego Paszkowski

David era un chico de lo más normal. Se levantaba temprano, por la mañana iba a la escuela, por la tarde hacía la tarea, no le gustaba mucho bañarse, y los fines de semana jugaba a la pelota con sus amigos del barrio. También ayudaba a ordenar la casa, y en ocasiones también a su papá, que era carpintero y hacía unos muebles de lo más lindos. A veces, pocas veces, iba a la biblioteca del barrio y pedía algún libro, se sentaba ahí y lo leía de punta a punta. Aunque eso le gustaba, lo hacía muy de tanto en tanto, una o dos veces al año, porque suele pasar que a uno le encanta algo, pero de pronto se olvida y se pone a hacer cualquier otra cosa.

Podría decirse que en la escuela era uno más, ni el más ni el menos inteligente, ni el más alto ni el más bajo, ni el más despierto ni el más dormido, ni el mejor compañero ni el peor. No era ni el más lindo ni el más feo del grado, ni el más aburrido ni el más divertido. Sus notas iban del seis al siete, aunque una vez se sacó un cuatro en Matemática, y luego un ocho en Lengua para compensar.

Sus días, entonces, eran tranquilos. Vivía en un barrio que le gustaba más o menos, en una casa que no era ni la más moderna ni la más antigua de la cuadra. Para entregar los muebles su papá tenía una camioneta, por cierto bastante rota y del doble de la edad de él, es decir una camioneta de veintidós años.

Pero sucedió que un día de junio, a eso de la una de la tarde, cuando volvía de la escuela pateando una piedrita, algo lo asaltó.

No alguien: algo. Un pensamiento. Una idea.

O más que un pensamiento o una idea: un verso.

O más que un verso: muchos.

David se detuvo de pronto en medio de la vereda, pateó la piedrita que rodó hasta la calle y luego prestó atención a lo que pensaba, que era lo siguiente:



Un changuito en Tucumán  
desayunaba con pan  
y en Santiago del Estero  
probó el asado con cuero.

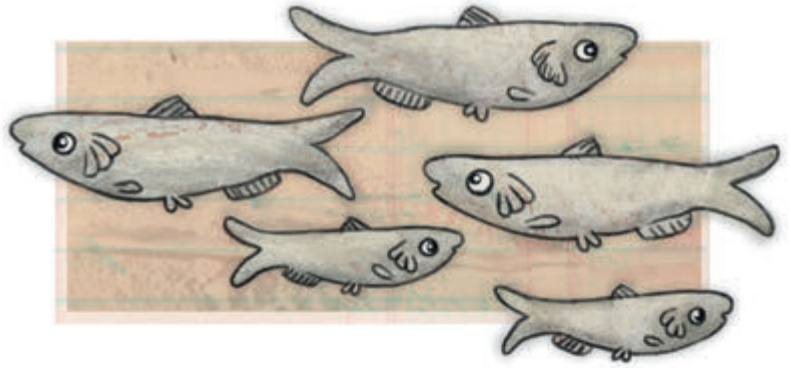
Eso lo sobresaltó. ¿Quién era ese changuito? ¿Dónde vivía? ¿Por qué iba a Santiago del Estero, una provincia que él no conocía? ¿Y por qué comía algo que él nunca había probado?

Después creyó echar en falta  
las fantásticas humitas  
deliciosas, calentitas,  
y por eso se fue a Salta.



¿A Salta?, pensó David, ¿y eso dónde queda? ¿Y humitas? ¿Qué eran las humitas, algo lleno de humo? Y lo más importante, ¿por qué a él ahora le venían versos? ¿De dónde salían?

En las costas argentinas  
comió un montón de sardinas  
y después, en un desliz,  
toneladas de maíz.



Era cierto que él, que vivía en el Gran Buenos Aires, hubiese querido ir a la costa argentina, conocer el mar y comer sardinas, pero a lo más que llegaba en vacaciones era a la pileta del Polideportivo, que quedaba justo al lado de la biblioteca del barrio. Mientras tanto, los versos seguían llegando, ahora en mayor cantidad:

Luego de tanto placer  
se le ocurrió descansar  
para volver a viajar  
y buscar más de comer.

Y se puso a hacer la siesta  
bajo la sombra de un sauce  
junto a un río cuyo cauce  
traía sueños de fiesta.



¿Por qué pienso en verso?, se preguntó David. Era como si las palabras lo asaltaran, como si se le metiesen en la mente por la fuerza, pero... ¿era eso algo malo? No parecía. ¿Y si resultaba que él, un chico común y corriente, uno promedio, como cualquier hijo de vecino, al final era todo un poeta? Sí, debía ser eso. A ver, se dijo... inspiró profundo y dejó que le llegara la estrofa final:

Viajaba en un tobogán  
nuestro changuito turista  
y al volver a Tucumán  
la cena ya estaba lista!



Con eso, como si despertara de un sueño, David salió disparado hacia su casa. Al entrar, lo primero que hizo fue sacar de su mochila lápiz y papel y escribir de punta a punta el poema que se le había ocurrido. La madre fue a saludarlo, pero él, concentradísimo, ni la escuchó. "Así que la poesía te sorprende así" se dijo después, "de golpe y sin avisar".

Y ahora que tenía algo suyo, algo propio, algo único, algo que lo distinguía del resto, pensó que debía cuidarlo, pero ¿cómo? Al fin, decidió que para eso lo mejor que podía hacer era pasar más tiempo, ahora leyendo poesía, en la Biblioteca Municipal, esa que quedaba justo al lado del Polideportivo.



# La carrera de nubes

Luciana De Luca



A mí todo me da vergüenza. Si estoy en la escuela y todos salen al recreo, yo me quedo en el aula. Y si la maestra me hace salir, me quedo parado con cara de nada para que nadie me vea. Me da vergüenza jugar a la rayuela. Me da vergüenza jugar al fútbol, aunque en la escuela juegan casi todos. Las chicas también. Qué vergüenza que todo me dé vergüenza.

Paula es la chica más inteligente de la escuela. Tiene nueve y diez en todas las materias. Sabe tanto de Matemática que parece una maestra. Se sabe de memoria todos los ríos, las capitales de las provincias, los países. Si salimos de excursión, siempre sabe para dónde quedan el norte, el sur, el este y el oeste. Sin brújula. Paula no habla mucho, pero si le preguntan el nombre de un árbol, lo sabe. ¿Y esta flor cómo se llama? Paula sabe. ¿Cuántas patas tiene una araña? Llaman a Paula. Todo así. Siempre anda sola, calladita, pensando, y casi siempre tiene un libro en la mano. O en la mochila. O en la mochila y en la mano.

Así que no fue una sorpresa el día que la vi a Paula, a la salida de clases, acostada boca arriba en el medio de la plaza. Tenía la mochila abajo de la cabeza. Estaba sola, quietita, como dormida, pero despierta.

Me acerqué como para poder ver qué estaba haciendo, pero no tanto, como para que ella no me viera. Miraba fijo el cielo, como embrujada. Cada tanto se sacudía una hormiga o un bichito, y volvía a quedarse quieta.

Paula tiene los ojos oscuros y grandes, el pelo medio cortito y enrulado. El pelo y los ojos le brillan todo el tiempo. Es muy tranquila, mira todo, pero no dice casi nada; tiene la cara redondita, los cachetes medio rosados y no es ni alta ni baja, ni grandota ni chiquita. Paula es Paula: no hay otra chica como ella en el grado.

Miré para arriba. Nada.

¿Qué estaría mirando Paula, que yo no llegaba a ver?

Miré el cielo de nuevo. No había nada. Bah, nubes. Muchas nubes, pero nada más.

—Te vi.

Me quedé paralizado.

¿Me estaba hablando a mí? ¿Me había descubierto?

Me estaba hablando a mí. Me había descubierto.

—Salí de atrás del árbol, dale, que ya te vi.

No me quedó otra. Salí de atrás del árbol, todo colorado. Yo, no el árbol. Si en ese momento me hubieran ofrecido “pedí un deseo”, hubiera pedido ser invisible. Pero no vino nadie a ofrecerme nada. Paula estaba sentada y me miraba con una cara de “sos un pavo” terrible.

Qué vergüenza acercarme. Qué vergüenza tener que hablarle.

Paula, con sus ojos oscuros, su pelo enroscado como fideos, sentada en el pasto, me estaba esperando.

No sé cómo me animé, pero me senté al lado de ella. Nos quedamos callados. A veces es lindo quedarse callado con alguien. El silencio es como una mantita suave que se puede compartir.

—¿Viste las nubes?— me preguntó.

Las había visto, sí.

—Ajá.

Dio un golpecito en el suelo como para que me pusiera más cerca. Me acerqué.

—Mirá— levantó un dedo y señaló el cielo.

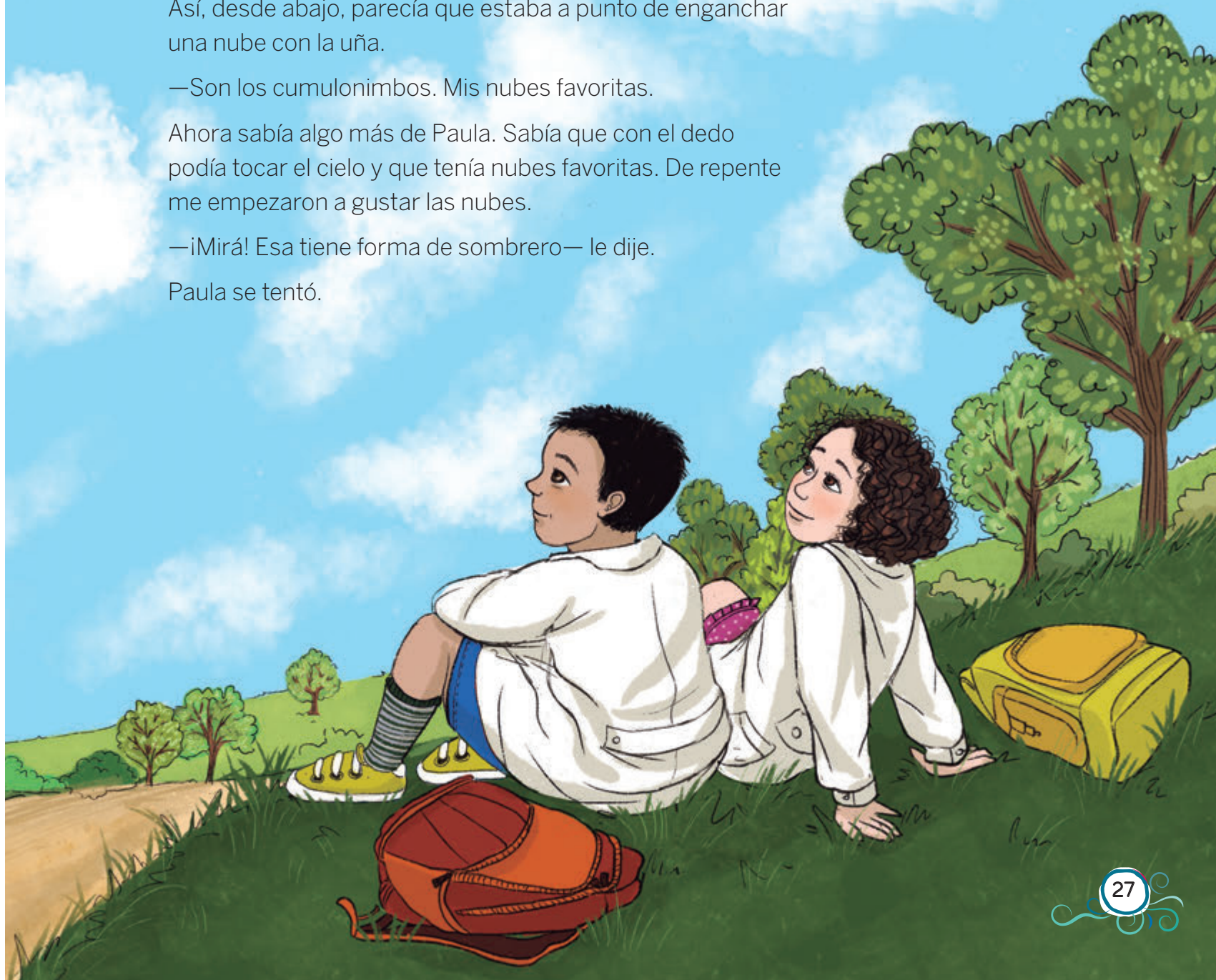
Así, desde abajo, parecía que estaba a punto de enganchar una nube con la uña.

—Son los cumulonimbos. Mis nubes favoritas.

Ahora sabía algo más de Paula. Sabía que con el dedo podía tocar el cielo y que tenía nubes favoritas. De repente me empezaron a gustar las nubes.

—¡Mirá! Esa tiene forma de sombrero— le dije.

Paula se tentó.



Era verdad: parecía un sombrero grande, inflado. ¿Quién iba a usar un sombrero así?

—Y esa parece una carretilla. Y esa otra, una profesora de piano— dijo Paula.

—¿Una profesora de piano?

Paula era una caja de sorpresas.

Los ojos le brillaban como dos carbones prendidos. Como dos luciérnagas. Como dos farolitos de bicicleta.

—Te juego una carrera— me toreó.

La que me faltaba. ¡Correr también me da vergüenza! Mi hermano siempre dice que cuando corro parece que me voy a desarmar.

—Estoy un poco cansado— (soy muy malo para las excusas).

—¡Corriendo no! Una carrera de cumulonimbos. Tu nube contra mi nube.

No hay otra chica como Paula en la escuela. Creo que en el pueblo, tampoco.

Paula eligió una nube redonda, blanca, grandota, que tenía forma de perro pastor de ovejas. Yo miré y miré y busqué y como no me convencía ninguna, elegí una con forma de zapato. Paula la miró y frunció la nariz. ¿Un zapato contra un perro pastor? ¡Qué vergüenza elegir un zapato!

—Preparados, listos... ¡ya!— dijo.

Paula empezó a soplar. Soplabla como si quisiera apagar un incendio, como si tuviera que volar la casa de los tres chanchitos, con los tres chanchitos y el lobo adentro. A mí me pareció raro que creyera que soplando íbamos a mover las nubes en el cielo.

Entonces me puse a soplar con toda la fuerza que tenía adentro.

Las nubes, que primero estaban duritas, como dormidas la siesta, se empezaron a mover de a poco. Avanzaron por el cielo como si recién se hubieran levantado, arrastrando las pantuflas.

El cumulonimbo perro pastor de Paula se movió para adelante, para atrás. Corrió, se revolcó, se chocó con otra nube que tenía forma de mesa y se empezó a desarmar. Mi zapato, en cambio, siguió avanzando, blanco contra celeste, con pasos firmes de señor ocupado.

La nube de Paula se fue convirtiendo en otras cosas: de perro pasó a mata de flores, a heladera, a canasta de mimbre. El zapato, que venía ganando, se distrajo, se desconcentró y de un salto se metió adentro de la nube con forma de canasta.



—¿Y ahora?

Los cumulonimbos solos habían terminado la carrera.

Paula miró el cielo y su pelo de fideos enroscados flotó un poquito en el aire.

—Y ahora, si querés, esperamos un rato hasta que salgan las estrellas. Y te juego otra carrera.

No hay otra chica como Paula en todo el mundo.

Pero no se lo voy a decir a nadie porque me da vergüenza.





# El idioma del planeta Nuri

Martín Blasco

El planeta Nuri es muy diferente al nuestro y tiene muchas cosas curiosas: en su cielo puede verse una luna triangular, hay un mar solo de espuma sin nada de agua, tienen una montaña redonda y la lluvia en vez de caer de arriba hacia abajo, va de izquierda a derecha.

Pero si hay algo realmente curioso en el planeta Nuri es su idioma ¿y por qué es tan curioso este idioma? Bueno, para empezar porque es igual al nuestro. ¡Sí! Es decir, no es que sea exactamente igual, las palabras son las mismas, pero el sentido es muy pero muy distinto. Por ejemplo, “Buen día” en el idioma de Nuri se dice “Ladrillo colorado”, porque en Nuri “Ladrillo” quiere decir “Buen” y “colorado” quiere decir “día”.

Cuando dos nurianos (así se les dice a los habitantes de Nuri) se cruzan a la mañana, uno dice:

—¡Ladrillo colorado, azulada pelota!

Que quiere decir: “Buen día, querido vecino”. Y el otro responde:

—Ladrillo colorado ¡y que las vacas te lluevan!

Lo que quiere decir: “Buen día ¡y saludos a tu familia!”. Y cuando el día termina dicen cosas como:

—¡Panza de fideos, pelota!

—Panza de fideos, pelota. ¡Que te rebote el ombligo!

Porque “panza de fideos” quiere decir “buenas noches” y “que te rebote el ombligo”, “que duermas bien”.

Cuando los enamorados se miran a los ojos dicen cosas como:

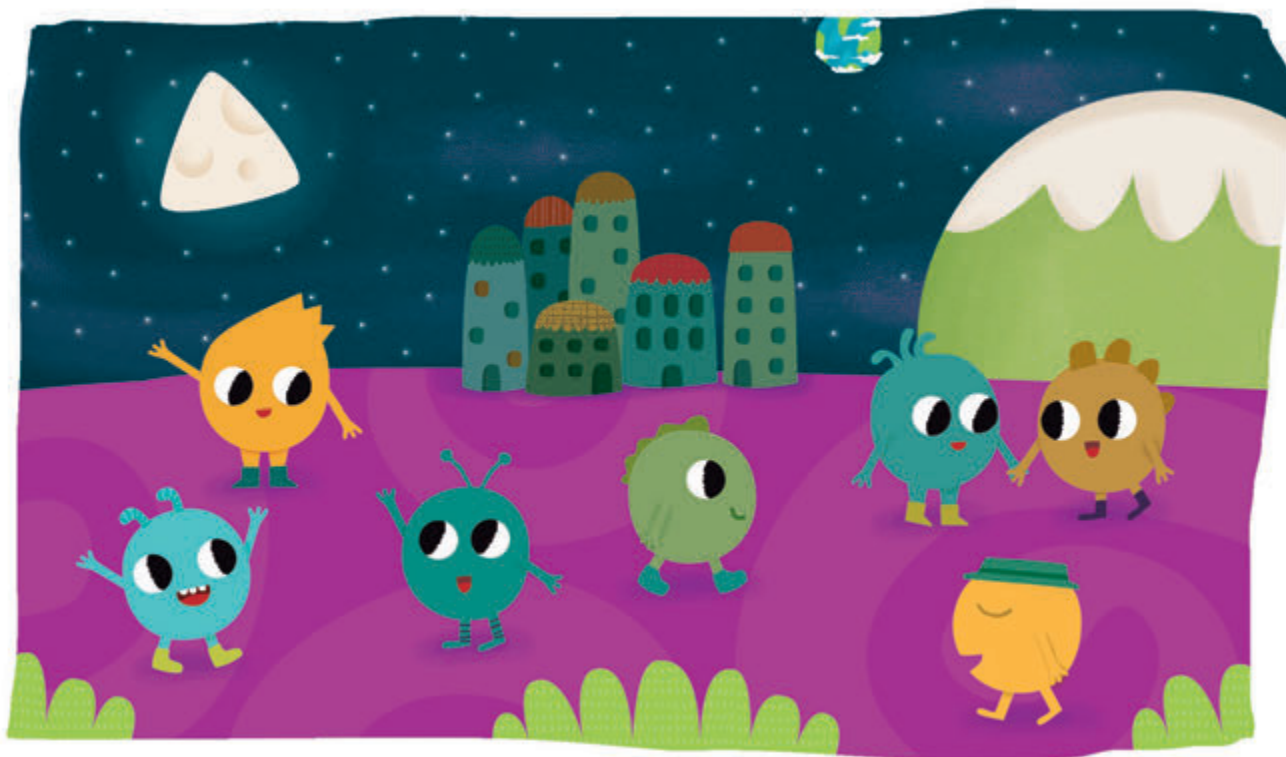
—Oh, mi tenedor engrasado... la silla te queda muy bien en el ojo.

Que quiere decir: “Oh, amada mía... ¡qué difícil se me hace estar lejos de ti!”.

A lo que ella responde:

—Mi tenedorcito engrasadito... ¿qué silla en el ojo, si la puerta da a lo de mi abuela?

Que quiere decir: “Amadito mío, ¿qué te quejás, si estás todo el día en mi casa?”



Puede parecer un idioma difícil, pero no lo es tanto. Es cuestión de acostumbrarse y de tener mucho cuidado de no decir ciertas palabras que en nuriano tienen significados muy diferentes. Por ejemplo, nunca hay que decir “pan”, porque en nuriano “pan” quiere decir “cabeza de chorlito”, que allá en Nuri es un insulto muy grave. Entonces si nos cruzamos con un nuriano y le decimos:

—Mi comida preferida es el pan.

Él entendería algo como:

—Quiero saltar en tu cabeza de chorlito.

Lo que no le gustaría nada y probablemente lo haría enojar mucho, o por lo menos temer que comencemos a saltarle en la cabeza. Otras palabras con las que hay que tener cuidado son:

“Camión” (que quiere decir “panzón”)

“Suerte” (que quiere decir “tenés olor a pata”)

“Remolacha” (Que quiere decir “no te presto mis juguetes”)

Y “primo segundo” (que quiere decir “moco”)

Y pasa lo mismo al revés, hay palabras que a nosotros nos suenan mal pero que para ellos tienen significados muy diferentes. Por ejemplo, “cuento” se dice “glotón”, “espero” se dice “chancleta rota” y “que les guste” se dice “cara de mono”.

Y ahora les voy a dar una primera clase de idioma Nuri. Como deben saber, lo primero que se aprende en cualquier idioma es a contar hasta diez. En nuriano sería así:

Juan (uno), José (dos), Roberto (tres), Julieta (cuatro), Mariano (cinco), Esteban (seis), Pablo (siete), Jean Carlos (ocho), Mariela (nueve) y Carla (diez).

También puedo enseñarles los colores: rojo se dice “guitarra”; azul, “trompeta”; amarillo, “piano”; verde, “pandereta” y marrón, “bajo eléctrico”.

Hay solo tres palabras que significan exactamente lo mismo en nuestro idioma que en el de ellos, y son “parada”, “chofer” y “¡por favor!”. Así que, si uno va en colectivo y se quiere bajar, puede decir:

—Chofer, parada por favor.

Que lo van a entender perfectamente. Espero que hayan aprendido un poco de nuriano, yo me despido con una frase típica de Nuri, a ver si se animan a traducirla:

—Panza de fideos. ¡Chancleta rota cara de mono glotón!





## El chico que se enamoraba de las palabras

Florencia Gattari

Le pasaba desde chiquito: oía una palabra linda y ¡zas!, se enamoraba. Se enamoraba perdidamente. Después andaba repitiéndola y probándola en todas partes, como se prueba una llave en todas las cerraduras de la casa.

Sus padres se preocuparon al principio. Así que le consultaron a la tía Martita, que le preguntó a un pariente que estudiaba Medicina, que le preguntó a un profesor que era experto en chicos enamoradizos. Y todos opinaron que se le iba a pasar cuando creciera. Pero estaban equivocados, y cómo. Porque cuando Adrián creció y aprendió a leer, su problema se volvió más problemático que nunca.

Empezó con los ravioles.

Una mañana, Adrián iba al colegio en colectivo con su papá. Estaba sentado del lado de la ventanilla, y trataba una y otra vez de leer los carteles de las vidrieras. Pero el colectivo iba rápido y, por más que él girara la cabeza para perseguir las letras, no llegaba a entender ninguna palabra entera. Cuando casi las tenía, se le escapaban sin remedio.



En eso el colectivo frenó en un semáforo en rojo. En la esquina había una fábrica de pastas, con un enorme cartel blanco y verde. Adrián leyó tranquilísimo: ra - vio - les. Y izas!, se murió de amor. Le pareció que era la mejor palabra del mundo.

A la noche, su mamá le preguntó qué quería comer.

—Ravioles—, dijo Adrián.

Y nadie se sorprendió. Pero al mediodía siguiente pidió lo mismo, y así siguió durante el almuerzo y la cena de todos los días de esa semana. De todos modos, no fue un gran problema porque su mamá hacía que sí con la cabeza y después cocinaba lo que se le daba la gana. Y Adrián, además de ser enamorado era de buen comer, así que si le daban milanesas con papas fritas, estaba contento; si le daban pollo con puré, le parecía bien; si le daban ensalada de brócoli... Bueno, tal vez con el brócoli no era tan feliz.

Fue un poco más raro cuando se tiró un vaso de jugo encima sin querer y protestó diciendo:

—¡Oh, no, por todos los ravioles del universo!

Fue bastante más raro cuando llegaron sus primos de Tandil, y Adrián los saludó con la mano desde la ventana del living gritando:

—¡Ravioooooles, qué bueno que llegaron!

Pero se volvió rarísimo el día que saludó a la mamá de su amigo Gonzalo en la puerta del colegio e inmediatamente después le dijo:

—¿Puede venir Ravioles a tomar la leche a mi casa?

La señora contestó que no, claro.

Adrián se puso un poco triste después de eso. Se consolaba repitiendo “ravioles, ravioles, ravioles”, sentado en el sillón, cuando se encontró sobre la mesa la lista de las compras. La leyó solo para distraerse. La primera palabra era pan (le pareció una papa leer eso). La segunda, leche (le resultó más complicada, pero pudo). La tercera era difícilísima, pero cuando al final consiguió leerla... izas! Esa noche, su mamá le preguntó qué quería cenar. Y Adrián, embobado, le contestó con la mejor palabra del mundo: *detergente*.

A los ocho, Adrián ya era un lector experto y apasionado. Leía cuentos, leía historietas, recetas, folletos, manuales de electrodomésticos y los diarios que envolvían los huevos del almacén. Es que en cualquier lado podía haber una palabra estupenda, y él no quería perderse ninguna. Así descubrió *rulemán*, *ciénaga*, *cefalea*.





Sus días favoritos eran los martes porque, en el colegio, la señorita Almendra leía un cuento en voz alta. Cada semana, ¡zas!, volvía con un enamoramiento nuevo: *birlibirloque*, *palanquín*, *dromedario*. Las pronunciaba con felicidad, las metía en cualquier parte, las dibujaba en el vidrio empañado de la ventana.

De “Caperucita” eligió *cesta*. De “La bella durmiente” se quedó con *zarzamora*. Después, la señorita Almendra empezó con otros cuentos que Adrián nunca había escuchado antes.

El martes de la semana de su cumpleaños leyeron uno que le robó el corazón. Un cuento que le dio la palabra más hermosa, más extraña. Después de eso llegó a su casa y comunicó: “Ya sé qué regalo quiero para mis nueve”. Los padres se miraron con un poco de susto. Porque era martes, sobre todo. Por lo demás, Adrián siempre había sido un chico discreto con los pedidos.

—Quiero una aldovranda— dijo.

Le dijeron que bueno, total no tenían ni idea de qué podía ser eso.

El jueves, a la vuelta del trabajo, el papá de Adrián se cruzó en el almacén con la señorita Almendra, que compraba huevos envueltos en papel de diario. Con mucho respeto y tal vez con un poco de vergüenza le dijo:

—Señorita, ¿usted podrá decirme qué cosa es una aldovranda?

Llegó a la casa indignado.

—Adriancito, todo tiene un límite. Con mami te queremos un montón, pero de ninguna manera te vamos a comprar una aldovranda.

—Pero yo quiero una aldovranda.

—Pero no se puede.

—Pero es mi cumpleaños.

—Pero no se puede.

—Pero yo quiero.

—¡Pero pero pero... es una planta carnívora!

Así mucho rato. Adrián y su papá discutían cada tanto. La mamá se reía un poco y hacía un gesto suave con las manos: “Tranquilos, tranquilos”.

El sábado, Adrián se levantó listo para cumplir años. Atesoró la primera palabra que vio escrita: *luminoso*. Estaba en el pomo del dentífrico, pero él entendió perfectamente que se refería a sus nueve años. Se asomó a la cocina y ahí lo esperaban su mamá, su papá, y una perra chiquita, marrón y bigotuda.

Se amaron inmediatamente. Ahora mismo Adrián le lee a la Aldo en voz alta a la sombra de un algarrobo.

—La más linda de este cuento es *cacatúa*, ¿o no?

Y la Aldovranda se estira sobre las piernas de Adrián y cierra los ojos con la pachorra de la siesta. Lo mejor que tiene la Aldo es que siempre está de acuerdo con las palabras que a él más le gustan.



# El regalo

Julia Coria

Lina vivía en una ciudad con montañas en la que en cada invierno caía nieve. Entonces, durante las vacaciones de julio, como sus papás tenían mucho trabajo recibiendo turistas, la llevaban a casa de la abuela donde juntas pasaban sus dos semanas favoritas del año.

En casa de la abuela no había cama para Lina, por eso dormía en un sillón grandote que, lleno de mantas y almohadones, era como una nube. Por las noches, tomaban sopa calentita y la abuela contaba historias. Para cuando apagaban la luz, Lina siempre roncaba.

Pero esa noche Lina no podía dormir.

En el pueblo donde vivía la abuela se conocían todos, y todos se saludaban y se hablaban de una vereda a la otra. Marta, la almacenera, era mucho más joven que la abuela, pero igual era su amiga y cuando le alcanzaba algún pedido se quedaba un rato a tomar mate y a charlar.

Cada invierno, Marta le decía a Lina:

—¡Cómo creciste! ¡Qué barbaridad!



Era cierto, Lina siempre crecía un montón. Cada año, la abuela hacía que se apoyara contra una pared en la que dibujaba una rayita; y cada año, la rayita estaba más alta. Lina no sabía desde cuándo pasaba los inviernos con su abuela, pero, siempre que volvía, ella le enseñaba algo. Era como un juego, un secreto, un regalo. No le decían nada a nadie, y cuando volvía a casa, Lina sabía algo nuevo.

Los papás de Lina decían que había sido la abuela quien le había enseñado a caminar.

También había sido ella la que, un invierno, le había enseñado a pelar mandarinas.

Otro, le había enseñado a hacer burbujas con un alambrecito y agua con jabón.

Y otro, a fabricar un barquito de papel.

Y a jugar a la casita robada.

Y a hacerse una trenza, o dos.

Y a preparar mermelada.

Y a construir un castillo con cartas.

Pero esta vez, unos días antes del viaje, habían hablado por teléfono y la abuela le había dicho:

—Lina, mirá que este año te toca a vos enseñarme algo a mí.



Antes de viajar, Lina había pensado mucho en qué podría enseñarle ella a la abuela, pero no se le ocurría nada. La abuela tenía un montón de años ¿Qué podía saber Lina que ella no? Hacer la vertical-puente, treparse al mandarino, saltar a la soga a toda velocidad. Pero la abuela era demasiado viejita para todo eso.

A Lina no se le había ocurrido nada, y por eso esa noche daba vueltas sin poder dormir. Y al fin pensó que no quería decepcionar a su abuela, pero mejor aceptar las cosas como eran...

Sin hacer ruido, se levantó, sacó de su mochila un cuaderno y una birome y se acercó al poquito de luz que entraba por la ventana para no despertar a la abuela encendiendo la lámpara del living. Después escribió:

Abue: yo te quiero mucho y sé que esta vez me toca a mí enseñarte algo.



Después volvió al sillón. ¿Cómo le explicaba? Le daba mucha vergüenza y no encontraba las palabras justas. ¿Y si inventaba una excusa? ¿Y si creaba suspenso y le decía que lo que sabía estaba tan bueno que mejor esperar un año más? ¿Y si de verdad aprovechaba todo ese año para aprender algo buenísimo y entonces la excusa se hacía realidad? ¿Qué podía ser? Podría aprender a sacar un conejo de una galera, como una vez había visto hacer a un mago en la tele. O podría germinar un poroto en un frasquito, como iban a hacer en la escuela a la vuelta de las vacaciones. Aprender a hablar en jeringozo sería lo máximo, pero, ¿alcanzaría un año para eso?

Y pensando en estas cosas, Lina fue quedándose dormida.



A la mañana siguiente la despertó la charla de la abuela con Marta, que ya se estaba yendo. Lina pensó: “Ay, no, ¿y ahora qué hago?”. Iba a fingir que dormía un ratito más, cuando la abuela la descubrió:

—Buenos días, remolona— le dijo— ¿A qué hora te dormiste anoche?

Lina no tenía idea, pero de seguro había sido muy tarde. ¿Para qué? Si al final no había encontrado ninguna solución...

—No sé...

La abuela largó una carcajada. Se había puesto los anteojos que usaba para jugar a la casita robada y había agarrado el cuadernito y el lápiz.

—Bueno—dijo— empecemos, porque si no, no nos van a alcanzar las vacaciones.

—Abue, yo...

—Sí ¡ya sé! Justo encontré tu nota en el momento en que vino Marta, así que le pedí que me la leyera y ya estoy lista, lista y emocionada ¡Qué buena idea tuviste! ¡Y dejaste todo preparado! ¿Quién me hubiera dicho que a esta edad yo iba a aprender a escribir? Gracias, Lina, ¿nos alcanzarán las vacaciones?



Lina se quedó muda. Ella sabía que de chiquita la abuela ayudaba en el campo de su familia ordeñando las vacas, juntando los huevos de las gallinas, dándole de comer a las ovejas. Pero nunca se le había ocurrido que la abuela no había ido a la escuela y que no había aprendido a leer y a escribir. ¿Sería por eso que le contaba los cuentos de memoria? Tardó tanto en responder que la abuela largó otra carcajada y después le dijo:

—Andá a lavarte la cara mientras yo te preparo la leche así empezamos.

Y ese invierno, entre caminatas y mermeladas de mandarina, entre burbujas y casitas robadas, entre barquitos de papel y trenzas y castillos de cartas, hubo mucho rato de estar sentadas y practicar y reírse practicando.

Y cuando Lina se fue, los meses que siguieron, todo ese año, hubo algo que nunca había habido antes: cartas. Al principio iban solo en una dirección. Lina le escribía cartas a la abuela y la abuela se las llevaba a Marta que se las leía despacito, para practicar.

En una carta le contó que había tratado de averiguar cómo hacían los magos para sacar conejos de las galeras, pero nadie había sabido decirle, así que le parecía que al final era magia nomás. En otra le contaba que en la escuela habían hecho la germinación del poroto: ¡ya tenía algo nuevo para enseñarle! Y en otra le dijo que estaba aprendiendo a hablar en jeringozo pe-pe-ro-po-to-po-da-pa-ví-pi-a-pa-no-po-le-pe-sa-pa-lí-pi-a-pa-mu-pu-cho-po.

Y al fin, un día, Lina recibió la primera carta de su abuela. Tenía una letra un poco tembleque y decía así:

*Lina: te quiero mucho.*

*¡Gracias!*

*La abuela*



# Por botín, un botón

Ángeles Durini

Un botón entró por una ventana y se desbarrancó por la escalera del edificio. Saltó escalón por escalón, hacía un tac tac suave como un cencerro a lo lejos.

Eulalia salió de su departamento, escobillón y pala en mano, y empezó a barrer el hall de entrada. Había tanta tierra... es que tanta gente pisaba para ir de arriba a abajo y de abajo a arriba.

Respiró hondo para seguir por la escalera. Pero allí, en el mosaico negro del primer escalón, brillaba un destello medio rojo, o quizá transparente. Eulalia acercó la cara: un punto redondo, del tamaño de una nota musical dibujada en un pentagrama, parecía que le hacía guiños con los ojos.

—¿Será un bicho? ¿O una moneda de oro?

Pero entonces lo que vio Eulalia fue un botón negro. Se agachó un poco más, y vio que era un botón de cuatro agujeros. Y apenas más: era el botón de un sobretodo. Estiró la mano y lo agarró.

—Uh, ni lo uno ni lo otro, un botón común y corriente. Ojalá hubiera sido una moneda de oro, pero en este edificio no vive ningún rey que pueda tener un tesoro. Ni siquiera vive un pirata.

Le pareció que el botón era un poco más pesado que lo normal, se lo llevó a la boca y lo mordió.

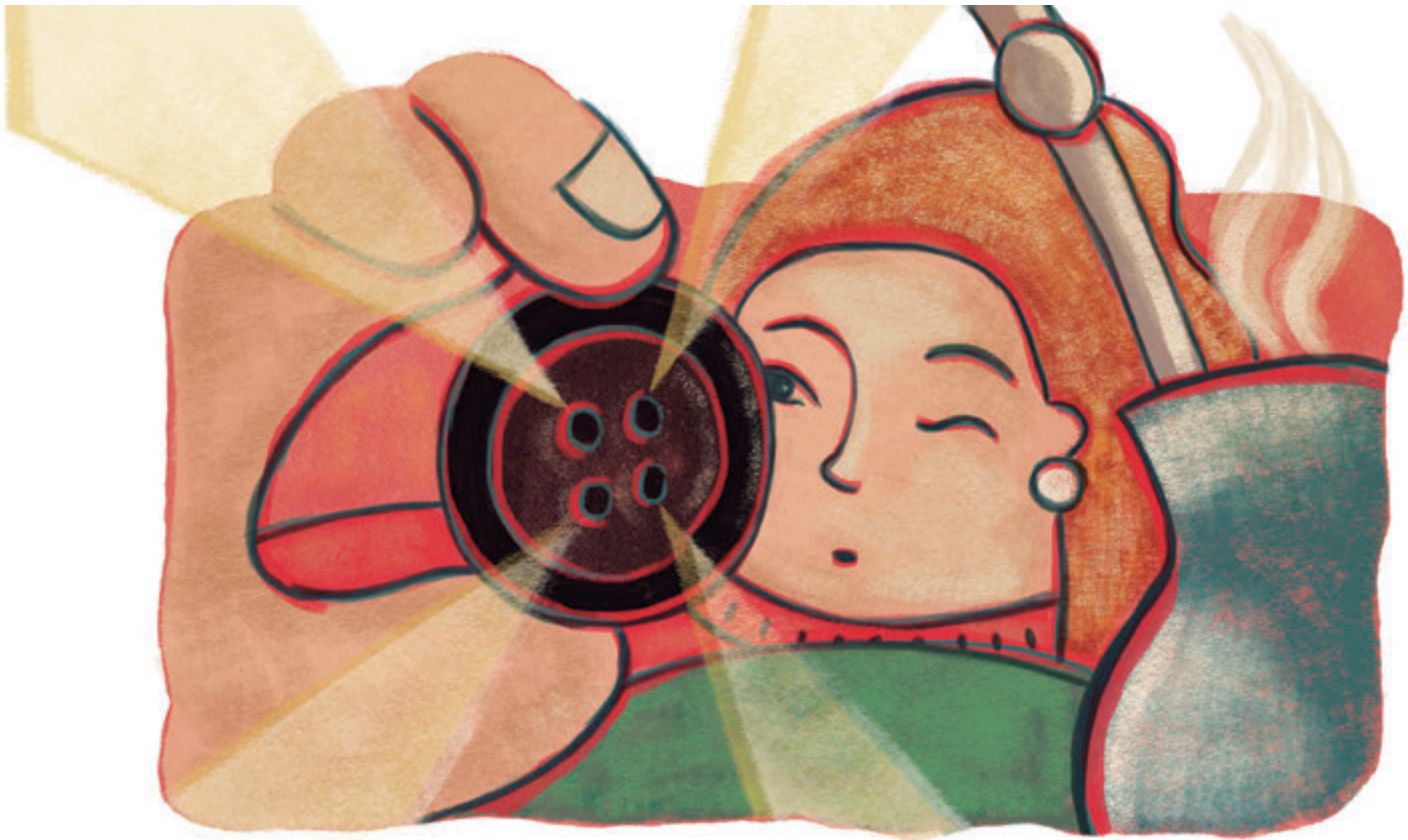
—Mm, es duro.

Por las dudas, guardó el botón en el bolsillo del delantal. Si nadie lo reclamaba, ya tendría dónde ponerlo, un botón siempre viene bien. Luego siguió con el barrido y con su charla solitaria.

—Y bueno, veré, si algún vecino baja con el sobretodo desabrochado, es el que probablemente haya perdido este botón.

—Tibio tibio.

La portera levantó la cabeza. Alguien le había contestado y, sin embargo, no había nadie. Se asustó un poco. Confundir un botón con una moneda, vaya y pase, pero escuchar voces era más grave.



Decidió que la limpieza ya era suficiente por esa mañana y entró de nuevo a su departamento, dispuesta a prepararse unos mates y ver las noticias. Pero cuando tuvo el mate listo y estaba sentada, en vez de prender el televisor, sacó el botón del bolsillo y lo empezó a hacer girar con los dedos. Se dio cuenta de que el botón largaba destellos al chocar con la luz que recién comenzaba a entrar por la ventana. Se lo acercó a los ojos.

—Acercate más.

Eulalia casi se desmaya. Otra vez esa voz. Suave pero masculina. ¿De dónde saldría? ¿De su cabeza?

—Ay, Eulalia,—se dijo a sí misma— estás demasiado tiempo sola y, además de hablar, ahora también escuchás voces. Esto de conversar con un botón...

—¿Qué tiene de malo?— sonó de nuevo la voz.

Eulalia pegó un salto, pero no largó el botón. “Estamos todos locos”, pensó. Y lo acercó más a su cara para poder verlo mejor. Se lo acercó tanto que tenía los cuatro agujeros frente a los ojos. Eligió uno y miró como si espicara por una cerradura. Y allí, del otro lado del botón, la vio a su mamá que le estaba dando un beso. “Chau, Eulalia”, le decía.

Ella era chiquita, y se despedía de su mamá con un abrazo. Por el otro agujero, se acercaba su papá para tomarla de la mano. Y así juntos se iban por un camino que los llevaba a la escuela. Por los otros dos agujeros, aparecían su maestra y los compañeros.

Entonces dio un suspiro.

—Ah, pensar que cuando era chica estuve rodeada de gente que me quería, y ahora solo puedo conversar con un botón. Porque acá apenas te saludan, un “buen día, Eulalia”, y a otra cosa mariposa.

Luego dejó el botón sobre la mesa y acercó la bombilla a la boca.

—Ni que este botón me conociera de toda la vida— rio Eulalia.

Luego se quedó callada. Se empezó a acordar de cuando se le había ocurrido dejar su pueblo para venirse a la gran ciudad.

—Ahora estás en la gran ciudad, pero sola. Bueno, sola no, estás conmigo— la voz sonaba de nuevo. Eulalia se dio vuelta para todos lados, hasta se levantó para mirar por la ventana, pero no vio a nadie.

—Esa voz... es parecida a la de... un compañero— se dijo Eulalia, y acercó el botón a sus ojos. Espió por un agujero y apareció la cara de Pedro.

—Claro, Pedro, es como si el botón hablara con la voz de Pedro, pero de un Pedro más grande. Ja, me acuerdo cuando empezó a cambiar la voz, qué gracioso, a veces le salían graznidos de ganso cuando quería decir algo.

En eso sonó el timbre.

—Qué raro tan temprano, si la gente recién empieza a levantarse.

Eulalia se miró al espejo. Y se encontró con la cara más alegre que cuando se había despertado. Entonces, en vez de atender por el portero, fue a la puerta y se asomó. Del otro lado, en la calle, había un hombre morocho, con un sobretodo negro. Ella caminó por el piso del hall recién barrido hasta la puerta principal, y allí acercó la cara al vidrio.

El hombre morocho la miraba con una sonrisa enorme. Eulalia no sabía quién era, pero algo en esa cara le resultaba conocido, sobre todo esos ojos negros y brillantes. Así que, desobedeciendo las normas del edificio, abrió sin preguntar quién era.

—Hola, Eulalia.

—¡Pedro!

Eulalia casi se desmaya otra vez. Claro que era Pedro, si lo había visto hacía un minuto detrás del botón. El que estaba en la puerta era un señor, como si fuera el papá del Pedro al que ella le había dado un beso el día que dejaba el pueblo.

—Tu prima Eugenia me pasó tu dirección, y acá estoy, recién llegado.

—Vení, pasá, que te vas a enfriar— contestó Eulalia, todavía asombrada.

Pedro traía desprendido el cuello del sobretodo.

—Y encima andás así, sin prenderte todos los botones.

—Es que uno se me salió por el camino. Hace un rato andaba medio perdido buscando tu dirección y se soltó. Lo busqué, pero ni ahí lo encontré. Lo que por fin sí encontré fue tu calle. Y acá estoy.

—Vení, que mientras charlamos, te coso el botón que te falta.

Eulalia lo hizo pasar y le convidó unos mates, mientras Pedro le decía que el pueblo no era el mismo desde que ella se había ido. Y mientras, un botón esperaba tranquilo que alguien lo cosiera de nuevo al sobretodo del que se había escapado hacía un rato.





# Caperucita Roja

## El cuento

- En el cuento hay muchas preguntas. Algunos chicos las contestaron. **Uní** cada pregunta con lo que contestaron los chicos.

Si la mamá de Caperucita hubiera imaginado lo que iba a pasar, ¿habría dejado ir sola a su hija?

El lobo no habría querido comer a la abuela ni a Caperucita.

¿Qué habría pasado si Caperucita hubiera notado la mirada mentirosa del lobo?

Caperucita no se habría quedado juntando flores.

¿Qué habría pasado si la abuela le hubiera regalado a su nieta un tapado azul?

No, la mamá la habría acompañado.

¿Qué habría pasado si el lobo hubiera sido vegetariano?

La nena se habría llamado Caperucita Azul.

## Las palabras

- ¿Cómo pensás que es el lobo? **Elegí** y **subrayá**.

**astuto**   **amable**   **inteligente**   **tramposo**   **miedoso**   **romántico**

- **Leé** esta oración. Luego, **completá** las otras oraciones, para que queden parecidas:

**Adentro de la panza del lobo estaba muy oscuro, oscurísimo.**

El auto de carreras tomó la curva muy rápido, .....

Las milanesas te salieron muy ricas, .....

Cuando el equipo salió campeón, todos estábamos muy .....,  
contentísimos.

● **Completá** como en el ejemplo.

El lobo decía mentiras. Era mentiroso.

La voz de Caperucita temblaba. Era una voz .....

El bosque estaba lleno de peligros. Era .....

### Las oraciones, parte por parte

Cuando escriben, los autores van pensando cada oración parte por parte. Cada parte de una oración es como un vagón de un tren, lleno de significado.

● **Leé** esta oración, pensando en cada parte por vez.


El lobo se acercó a la cama de la abuelita, abrió su bocota y se la devoró.

● Ahora, **leé** esta oración.

El cazador entró a la casa, se acercó a la cama y vio al lobo.

● El gato y el perrito intentaron separar la oración en sus partes. ¿Quién lo hizo correctamente? **Marcá**.

: El cazador entró a la casa, se acercó a la cama y vio al lobo.

: El cazador entró a la casa, se acercó a la cama y vio al lobo.

● ¿Y quién separó bien las partes en esta otra oración?

Mientras el lobo dormía, le llenaron la panza con piedras y se la cosieron.

: Mientras el lobo dormía, le llenaron la panza con piedras y se la cosieron.

: Mientras el lobo dormía, le llenaron la panza con piedras y se la cosieron.

## Leemos para saber más

- En la tienda “La casa del disfraz” se venden todo tipo de sombreros. **Miralos y leé** los nombres.



- En el club habrá una fiesta de disfraces. Varias personas fueron a la tienda. ¿Qué sombrero busca cada uno? **Escribí** el nombre.



Voy a ir vestido de caballero de otros tiempos. Busco uno de esos sombreros de copa alta.



Estoy buscando un sombrero de tela con voladitos, como los que usaban las abuelas para ir a dormir.



Quiero uno de esos sombreros que parecen un cucurucho de helado al revés. Voy a ir a la fiesta disfrazada de payasa.



Quisiera usar una especie de casco de tela, de esos que a veces tienen una piedra brillante en la frente, o una pluma.

- ¿Qué sombrero elegís vos para la fiesta? ¿Cuál es tu disfraz? En tu cuaderno, **dibujate y escribí**.



# ¡Adelante, navegante!

## El cuento

¿Qué te pareció este cuento? ¿Por qué?  
**Marcá** tu opinión y **explicá**.

- Me pareció muy bueno.
- Me pareció más o menos.
- No me gustó.

---



---



---

En su aventura, Marco tuvo dos grandes desafíos que logró superar. **Leé** y **completá**.

Marco quería...	El problema era que...	Y entonces...
recorrer el mundo en su velero.	tenía miedo de naufragar.	tuvo una idea: .....
llegar a la isla.	el largo de la soga se había terminado.	tomó una decisión: .....

El gran anhelo de Marco era pasarse la vida viajando en barco y tuvo la suerte de recibir un velero. **Conversen**: ¿cuáles son sus grandes anhelos? ¿Qué necesitarían para cumplirlos? Después, **escribí**.

---



---



---

## Las palabras

- ¿Cuáles son las palabras escondidas al juntar el nombre y apellido de los parientes de Marco? **Encerralas.**

Froilán Cha

Enrica Noa

- Uní** las palabras según corresponde, como en el ejemplo.

zarpar

montar

despegar

zambullirse



volar



navegar



bucear



galopar

emerger

aterrizar

atracar

desmontar

- Mirá** la imagen e **inventá** una historia. ¿A dónde iba el capitán? ¿Qué problema tuvo? ¿Cómo se salvó? ¿Qué pasó después? Después **escribí.**



.....

.....

.....

.....

.....

.....

## Las oraciones, parte por parte

- **Leé** lo que piensa Marco, parte por parte.

Quiero pasarme la vida viajando en barco.

- **Elegí** la parte que sirve para completar la oración.

tomar leche calentita. durmiendo la siesta. ronronear en un rincón.

Quiero pasarme la tarde

- Ahora, **completá** la parte que falta en cada oración.

Quiero pasarme el día

Quiero pasarme  jugando con amigos.

## Escribimos y revisamos

- **Leé** las oraciones del cuento y **agregá** la raya de diálogo cuando habla un personaje.

A Marco le fascinaba el mar y le encantaba ir a la playa y nadar.

¡Hola, amigo delfín! Hace tiempo que quiero conocer personalmente a un pez saltarín.

Por favor, si se cruzan con algún salmón, denle de mi parte un abrazo de todo corazón.

- Luego de cortar la soga, Marco siguió recorriendo los mares y se encontró con peces de colores. **Escribí** en tu cuaderno qué les dijo Marco y qué le contestaron los peces.

- Después de escribir, **revisá** si incluiste las rayas en el diálogo que escribiste.






## Yací y su muñeca

### El cuento

- ¿Qué te pareció este cuento? ¿Por qué?

**Marcá** tu opinión y **explicá**.

- Me pareció muy bueno.
- Me pareció más o menos.
- No me gustó.



- **Leé** y **marcá** lo que corresponda, ¿verdadero o falso? ¿Cómo te diste cuenta?

Yací tenía mucha imaginación cuando jugaba con Curumí.

Es **verdadero** / **falso** porque .....

La tortuga transformó a Curumí en una planta de maíz.

Es **verdadero** / **falso** porque .....

Cuando llegó el verano, la tortuga tuvo cría.

Es **verdadero** / **falso** porque .....

### Las palabras

- **Elegí** la palabra para unir las dos partes de cada oración.

La abuela de Yací le regaló una muñeca, **porque** / **por eso** se dio cuenta de que la niña no tenía muñecas.

El papá y la mamá de Yací trabajaban todo el día **porque** / **por eso** le pedían a la niña que ayudara en las tareas de la casa.

- Yací jugaba con ramas, barro, árboles y otros elementos de la naturaleza. ¿Vos también? ¿Con qué y a qué jugás? **Escribilo**.

## Leemos para saber más

### El maíz

Crunch, crunch. Una mano en cada extremo y a clavar los dientes. Un montón de pelotitas amarillas nos llenan la boca y, cuando las mordemos, sentimos el ruido de los granos rompiéndose y un sabor dulce que nos alegra. Algunos le dicen choclo, otros elote, o mazorca o jojoto. Es el fruto de la planta de maíz.

Antes de llegar a la mesa, el choclo estuvo en una planta de maíz. Como casi todas las plantas, el maíz comenzó con una semilla en la tierra. La semilla se hinchó con agua y creció una raíz, y luego otras más.

Poco a poco, del otro extremo de la semilla brotó un tallo y dio una hoja. El tallo creció, se formó un nudo y en él una hoja. Y así, mientras el tallo creció, siguió formando nudos y hojas, todas ordenadas, a la izquierda y a la derecha. Las hojas se hicieron más grandes y la planta se puso fuerte y lozana.

Entonces, llegó el momento: en la punta de la planta nació una espiga con muchas flores diminutas. Y a lo largo del tallo, cuidadas por cada hoja, nacieron las mazorcas, primero tan pequeñas que a simple vista parecían una hoja cilíndrica.

Las flores de la espiga liberaron su polen, que llegó a las mazorcas. Allí comenzó a formarse el choclo. Crecieron los granos, protegidos por una especie de pelos y hojas. El choclo ya estaba formado completamente, pero todavía era pequeño y verde.

Pasó el tiempo y los choclos maduraron: aumentaron de tamaño y cambiaron de color. Hasta que un día ya no crecieron más. Ese fue el momento para cosecharlos.



- La abuela de Yací fabricó una muñeca con la mazorca. **Inventá**: ¿qué podrías fabricar con otra parte de la planta? **Dibujalo** y **escribilo** en tu cuaderno.



# MOMOTARO, el niño durazno

## El cuento

- ¿Qué te pareció este cuento? ¿Por qué?

**Marcá** tu opinión y **explicá**.

- Me pareció muy bueno.
- Me pareció más o menos.
- No me gustó.

- **Releé** estas oraciones del cuento para imaginar los detalles. Después, **contestá**.

### Al comienzo del cuento:

Todos los días bajaban juntos hasta el río. Él iba a recoger leña y ella a lavar la ropa.

¿A quién ves más cerca del río? .....

¿Qué tiene la anciana en sus manos? .....

¿Qué sonidos escuchás? .....

### Al final del cuento:

Al llegar a la aldea, todos recibieron felices al gran héroe Momotaro y a sus valientes amigos.

¿En qué lugar de la aldea te imaginás que están todos? .....

¿Qué hacen los habitantes del pueblo para mostrar su felicidad? .....

¿Qué sonidos escuchás? .....

- **Imaginá** que tenés que enfrentarte a unos ogros para defender a tus amigos y a tus amigas, ¿qué animales elegís para que te acompañen a luchar? ¿Cómo te puede ayudar cada uno? **Escribilo** en tu cuaderno.

## Las palabras

- **Elegí** la oración que va después. **Marcá**.

El valiente joven ganó la batalla.

Después se rindió.

Después festejó.

Matías le prestó un lápiz a Anita.

Después Matías se lo devolvió.

Después Anita se lo devolvió.

Los monstruos tenían mucho miedo.

Por eso celebraron.

Por eso se rindieron.

## Las oraciones, parte por parte

- **Leé** la oración.

Hace mucho tiempo en un pueblito de la montaña, había una pareja de ancianos.

- Cada uno escribió una oración que imita la oración del cuento. **Marcá** cada parte.

 : Hace unos días, debajo de la cama, encontré mi cuaderno perdido.

 : Una noche de lluvia, en la puerta de mi casa, apareció un gatito muy chiquito.

- **Completá** la oración para imitar la oración del cuento.

Ayer a la mañana, /cerca de ..... /.....



# Un ataque de poesía

## El cuento

- **Marcá** tu opinión sobre el cuento y después **pintá** cuántas estrellitas le das como puntaje.

- Me pareció muy bueno.
- Me pareció más o menos.
- No me gustó.

MI PUNTAJE PARA EL CUENTO ES:

☆☆☆☆☆

PORQUE .....

.....

.....

- Estos dos dibujos ilustran escenas del cuento. En cada uno hay algo equivocado. **Marcalo** y después **escribí** por qué lo señalaste.



.....

.....



.....

.....

- Estas son algunas de las preguntas que se hizo David. **Conversen** sobre qué le pueden contestar. Después, **escribí**.

¿A Salta?, pensó David, ¿y eso dónde queda?

.....

¿Y humitas? ¿Qué eran las humitas, algo lleno de humo?

.....

## Las palabras

● ¿Cómo sigue cada expresión? **Uní.**

ni el más alto ●

ni el más despierto ●

ni el mejor compañero ●

ni el más lindo ●

ni el más aburrido ●

● ni el más divertido

● ni el más dormido

● ni el más bajo

● ni el peor compañero

● ni el más feo



● **Completa** el siguiente texto con las palabras de la lista.

Todos dicen que mi gato no tiene nada de especial. Y puede ser. No es ni grande ni \_\_\_\_\_, ni gordo ni \_\_\_\_\_. Su pelaje no es ni \_\_\_\_\_ ni \_\_\_\_\_. Ni es arisco ni \_\_\_\_\_, ni inquieto ni \_\_\_\_\_. Pero para mí no es un gato común y corriente. Porque es mi gato y lo quiero mucho.

áspero

pequeño

tranquilo

suave

mimoso

flaco

● A David le dio un ataque de poesía. A veces lo que nos da es un ataque de risa, o un ataque de tos, o de bostezos... **Conversen:** ¿Les pasó alguna vez? **Escribí** para contarlo.

.....

.....

.....

## Las poesías

- **Leé** la siguiente poesía, que juega a explicar por qué los sapos son como son.

### La carrera del sapo y la tortuga

Corrió una carrera un sapo  
con una tortuga vieja  
y el sapo se la ganó  
apenas por una oreja.

La volvieron a correr  
a orillas de una cañada.  
Pegó una rodada el sapo:  
de orejas no quedó nada.

La volvieron a correr  
a orillas de un cañadón.  
Pegó una rodada el sapo  
y entonces quedó rabón.

La volvieron a correr  
a orillas de un riachuelo.  
Pegó una rodada el sapo  
y quedó barriga al suelo.



- ¿Cuántas estrofas tiene la poesía del sapo y la tortuga?
- ¿Cuántos versos tiene cada estrofa?

- **Reúnanse** en grupos de a cuatro. Cada compañera o compañero lee una estrofa. Luego, **respondan**: ¿Quién leyó...

la estrofa que cuenta por qué el sapo arrastra la barriga en el suelo? .....

la estrofa que cuenta que el sapo perdió las orejas? .....

la estrofa que narra el comienzo de la carrera? .....

la estrofa que explica por qué el sapo no tiene cola? .....

## Palabras que riman

- **Buscá** las palabras que riman con las de los cuadros. **Copialas** donde van.

vacuna  
regadera  
palangana  
chacarera  
aceituna  
cana  
luna  
charlatana  
cera

Palabras que riman con		
cuna	rana	pera
<hr/> <hr/> <hr/>	<hr/> <hr/> <hr/>	<hr/> <hr/> <hr/>

- **Elegí** una palabra para completar las coplas.

Ayer pasé por tu casa, tuve ganas de llorar, al ver las puertas abiertas y yo sin poder .....	Ayer pasé por tu casa, me tiraste un limón el limón cayó en la calle, el jugo en mi .....
<b>verte</b> <b>entrar</b>	<b>corazón</b> <b>camisa</b>

- **Busquen** palabras que rimen y **completen** estas coplas.

En la punta de aquel cerro suspiraba don Carancho y en el suspiro decía: Me quiero comer un .....	En el fondo de la mar suspiraba una gaviota y en el suspiro decía: Tengo una alita .....
--	---



# La carrera de nubes

## El cuento

- Pintá** las estrellitas para mostrar cuánto te gustó este cuento. Después **escribí** por qué le pusiste ese puntaje.
- Conversen:** Cuando los chicos soplaban, ¿movían las nubes? ¿Por qué piensan que sí o que no? Después, **escribí** lo que vos pensás.

MI PUNTAJE PARA EL CUENTO ES:

★ ★ ★ ★ ★

PORQUE .....

.....

.....

- Leé** estas partes de la carrera de nubes, imaginando lo que sucede. Luego, **elegí** la opción correcta en la oración de abajo y **subrayala**.

Las nubes, que primero estaban duritas, como dormidas la siesta, se empezaron a mover de a poco. Avanzaron por el cielo como si recién se hubieran levantado, arrastrando las pantuflas.

Los chicos soplan y las nubes empiezan a avanzar **lentamente** / **rápidamente**

El cumulonimbo perro pastor de Paula se movió para adelante, para atrás. Corrió, se revolcó, se chocó con otra nube que tenía forma de mesa y se empezó a desarmar. Mi zapato, en cambio, siguió avanzando, blanco contra celeste, con pasos firmes de señor ocupado.

Al principio, la nube de Paula se mueve **mucho** / **poco**. La otra **empieza a retroceder** / **sigue avanzando**

- ¿Estás de acuerdo con lo que dice Manuel? ¿Por qué? **Escribí**.



Si no hay alguien que gane, el juego es aburrido.

.....

.....

- **Reunite** con un compañero o compañera. Uno lee, el otro escucha y hace lo que hace Paula.

Paula estaba sentada y me miraba con una cara de “sos un pavo” terrible. Dio un golpecito en el suelo como para que me pusiera más cerca.

- **Cambien** quién lee y quién hace lo que hace Paula.

-Mirá -Paula levantó un dedo y señaló el cielo.  
Yo miré y miré y busqué y como no me convencía ninguna, elegí una con forma de zapato. Paula la miró y frunció la nariz.

### Las oraciones, parte por parte

- **Leé** esta oración del cuento, pensando en cada parte.

Paula, con sus ojos oscuros, su pelo enroscado como fideos, sentada en el pasto, me estaba esperando.

- ¿Qué preguntas sobre Paula se pueden responder con la oración que leíste?

- |  |   |
|--|---|
| <input type="checkbox"/> ¿Cuántos años tiene?              | <input type="checkbox"/> ¿De qué color son sus ojos?        |
| <input type="checkbox"/> ¿Cómo lo está esperando?          | <input type="checkbox"/> ¿Cómo está vestida?                |
| <input type="checkbox"/> ¿Tiene el pelo lacio o enroscado? | <input type="checkbox"/> ¿Qué es lo que más le gusta hacer? |
| <input type="checkbox"/> ¿De qué color es su cabello?      | <input type="checkbox"/> ¿Tiene hermanos?                   |

- Para el chico de esta historia, Paula es especial por muchas razones. **Pensá** en una persona especial para vos. **Escribí** quién es, cómo es y por qué es especial.

.....

.....

.....

.....

## Leemos para saber más

### ¿Cómo se sostienen las nubes en el aire?

¿Cómo puede sostenerse en el aire una nube que pesa como 80 elefantes?

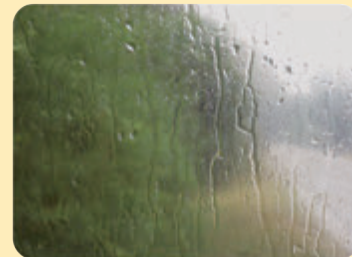
La nube parece una sola cosa, gigante y pesada, pero está compuesta por cosas minúsculas: las gotitas de agua. La fuerza de gravedad atrae a cada gotita hacia el suelo, y al mismo tiempo las corrientes de aire que suben las empujan hacia arriba. Es decir, que hay una fuerza que atrae la nube hacia abajo y otra que la eleva. Así ¡las gotitas quedan suspendidas en equilibrio! Por eso la nube se mantiene en el aire: porque ni una gotita se cae.



### Entonces, ¿nunca se caen las nubes?

Sí, se caen. Y cuando una nube se cae, ¡es que está lloviendo!

¿Pero qué tiene que suceder para que una nube se caiga? Las gotitas tienen que “engordar” hasta que no puedan mantenerse en equilibrio. Por ejemplo, cuando una gota se encuentra con una partícula de polvo, un granito de arena o de sal marina, se hace más grande y choca con otra gota. Esas dos gotas se unen y se convierten en una más pesada que cae y choca con otra. Cuando muchas gotas chocan entre sí y se convierten en gotas más pesadas, ya no pueden vencer la gravedad y caen. Entonces, ¡llueve!



En: *Con la cabeza en las nubes*, de Diego Bianki, Raquel Franco y Ruth Kaufman.  
Editorial pequeño editor, Buenos Aires, 2010

● **Conversen:** ¿Es bueno o malo que llueva? ¿Por qué? Después, **escribí.**

.....

.....

.....



# El idioma del planeta Nuri

## El cuento

- Pintá** las estrellitas para mostrar cuánto te gustó este cuento. Después **escribí** por qué le pusiste ese puntaje.
- En el planeta Nuri usan palabras distintas cuando hablan. Y seguramente, también usan gestos distintos. ¿Cómo son los gestos que hacemos nosotros? ¿Qué harán en Nuri?

MI PUNTAJE PARA EL CUENTO ES:

★ ★ ★ ★ ★

PORQUE .....

.....

.....

## Completá.

	Nosotros	En Nuri
<b>¡Chau!</b>	Mostramos la palma de la mano y la movemos de un lado al otro.	.....
<b>No.</b>	.....	.....
<b>¡Estoy feliz!</b>	.....	.....

## Las palabras

- Completá** con el diminutivo de cada palabra:

primo ..... <i>primito</i> .....	barriga .....
cara .....	pan .....
corazón .....	cabeza .....
mujer .....	panza .....
pata .....	nariz .....

**¡IMPORTANTE!**

Los diminutivos son formas de la palabra que indican que nos referimos a algo más pequeño o por lo que sentimos cariño. Las terminaciones son: -ito, -ita, -cito o -cita.

● ¿Cuáles de las siguientes palabras son diminutivos? **Marquen** y **conversen** por qué **SÍ** o por qué **NO**.

favorita

varita

abuelita

Robertito

felicito

invita

## Leemos para saber más

### Palabras bien nuestras

El español que hablamos hoy en Argentina es el resultado de una historia muy larga, que entre todos y todas seguimos construyendo.

Muchas de las palabras que usamos y que forman parte de nuestra identidad nos llegan desde muy lejos en el tiempo y traen las voces de los pueblos originarios. Otras vinieron en los barcos en los que, desde Europa, hace más de cien años, viajaron millones de inmigrantes. Muchas más siguen llegando cada día junto con las personas que eligen nuestro país para vivir, estudiar y trabajar. Y otras las tomamos prestadas de otras lenguas y les damos nuestra propia forma.



Che, ¿nos tomamos unos mates antes de ir a la cancha?

**Che:** Es una de las palabras que más nos identifica en el mundo. Hay quienes sostienen que es una palabra del *mapudungún* (la lengua hablada por el pueblo mapuche), que significa “gente”. Otra teoría dice que llegó desde Valencia, España, donde la usan como lo hacemos acá.

**Mate:** El nombre de nuestra infusión preferida y del recipiente que usamos para tomarla, viene de la palabra *mati*, del quechua, que significa “recipiente para beber”.

El fútbol es un deporte que nos apasiona. La palabra que usamos para nombrar el espacio en el que se disputan los partidos, **cancha**, viene de la palabra quechua *kancha*, que significa “lugar plano”. Otra palabra futbolera y argentina es **gambeta**, la usamos para referirnos al movimiento que hace el jugador o la jugadora para evitar que le quiten la pelota y viene del italiano *gamba*, que significa “pierna”.



## El chico que se enamoraba de las palabras

### El cuento

- **Elegí** una persona a la que puede gustarle este cuento. **Escribí** su nombre.

.....

- **Escribí** un mensaje para decirle que lea este cuento y **explícale** por qué se lo recomendás. Acordate de incluir los datos del cuento.

.....

.....

- **Observen** las siguientes tapas de libros. **Conversen**: ¿Cuál es el que leyeron en la semana del cumpleaños de Adrián? ¿Cuál es el título del cuento? ¿Quién es la autora? ¿Quién lo ilustró?



- **Volvé a leer** los títulos de las tapas de libros y **completá**.

La palabra que más me gustó es .....

- **Buscá** en el cuento todas las palabras de las que se enamoró Adrián. Después **escribí** dos en cada columna.

Palabras que también me gustan	Palabras que no me gustan tanto
<hr/> <hr/>	<hr/> <hr/>

- Todos tenemos algunas palabras favoritas. **Investigá** sobre la palabra favorita de una persona que conozcas. **Escribí** para recordar lo que te dijo.

Le pregunté a .....

Me dijo que .....

.....

.....

- **Compartí** lo que investigaste con tus compañeras y compañeros.

### Leemos para saber más

- **Leé** para saber más sobre la aldovranda.

La aldovranda vesiculosa es una planta acuática sin raíces. Está formada por tallos flotantes que miden entre 6 y 40 centímetros de largo.

Se alimenta de pulgas de agua y larvas de mosquitos que captura con las pequeñas hojas que crecen a lo largo de su tallo central.



DAJU AZUMA.



# El regalo

## El cuento

- **Completá** para opinar sobre el cuento.

El título de este cuento es: "El regalo". Lleva ese título porque .....

.....

.....

Yo pienso que este cuento .....

.....

.....

- **Escribí** tres cosas que te imaginás que va a poder hacer la abuela ahora que sabe leer y escribir.

.....

.....

.....

- **Conversen:** ¿Cuáles de estas cosas saben hacer? ¿Cuándo las aprendieron? ¿Quién se las enseñó?

andar en bicicleta - hacer un truco de magia - atarse los cordones - silbar  
- hacer la vertical - saltar a la soga - nadar - jugar a la casita robada -  
remontar un barrilete

- ¿Qué cosa podrías enseñarle vos a otra persona? ¿A quién? **Escribí.**

.....

.....

## Leemos para saber más

- Antiguamente, las cartas eran la forma de comunicarse con los que estaban lejos. **Leé** esta historia.

### Entre carta y carta

Corría el año 1920. Emilio, Antonio y Julio eran hermanos. Vivían con su mamá y su papá en un pueblo de España. Tenían muchos amigos y les encantaba escaparse de la casa en las siestas, para comer frutos de los árboles al costado del río y jugar con los perros. Pero eran tiempos difíciles en ese país, así que un día la familia decidió venir a vivir a Argentina.

El viaje fue largo. El barco cruzó el océano y se detuvo en varios puertos. Más de un mes después, llegaron a Buenos Aires.

Cuando llegaron, fueron a la casa de unos parientes. Después de los abrazos y de charlar durante horas, la mamá de Emilio sacó del baúl fotos y cartas que traía desde España.

Esa noche, Emilio pidió que le prestaran papel y algo para escribir. Quería contarle a Manuel, su mejor amigo, sobre el viaje y lo que había visto ese día. Al día siguiente, su papá salió a buscar trabajo y llevó la carta al correo.

La carta de Emilio viajó durante dos meses en barco desde la Argentina hasta que llegó a un puerto de España. Allí, la pusieron en una bolsa con otras cartas que iban a la capital de la provincia. A los tres días, la bolsa viajó en tren y llegó a la capital. Y luego fue desde la capital hasta el pueblo donde vivía Manuel. Cuando supo que tenía una carta de su amigo Emilio, Manuel la fue a buscar y la leyó. Ya habían pasado tres meses desde que Emilio la había escrito.

Ese mismo día, Manuel fue a comprar papel y escribió la respuesta para su amigo. Y esa carta hizo otro largo viaje.



- **Conversen:** ¿Qué les parece que sintió Emilio cuando recibió la carta de su amigo Manuel? ¿Cómo hacemos hoy para saber de un amigo que se va a vivir lejos? ¿Les gustaría recibir una carta? ¿De quién?



## Por botón, un botón

### El cuento

- **Completa** para opinar sobre el cuento.

Yo pienso que este cuento .....

- Algunos chicos dijeron que este cuento podría tener otros títulos, y todos tienen razón. ¿Por qué? **Lean** y **conversen**.

**El botón mágico**

**Un amor que vuelve**

**Recordando el pasado**

- **Leé** y **marca** lo que corresponda, ¿verdadero o falso? ¿Cómo te diste cuenta?

El botón era mágico. Es **verdadero** / **falso** porque .....

Eulalia no pudo reconocer al hombre que tocó a la puerta. Es **verdadero** / **falso** porque .....

Pedro y Eulalia se querían. Es **verdadero** / **falso** porque .....

- Este texto es muy agotador: el nombre de Eulalia se repite muchas veces. **Tachalo** las veces que sea necesario para que quede mejor.

Cuando era una niña, **Eulalia** vivía con sus papás en un pueblo. Allí, **Eulalia** fue a la escuela con Pedro. Cuando creció, **Eulalia** se mudó a la ciudad.

Un día, **Eulalia** estaba barriendo la escalera y encontró un botón. **Eulalia** lo llevó a su departamento y lo observó. De pronto, **Eulalia** escuchó que el botón le hablaba.

- **Imaginá** que encontraste un botón con cuatro agujeros. ¿Qué te gustaría ver en cada uno? **Escribilo** en tu cuaderno.

### Las palabras

- Los nombres de estos objetos se forman uniendo dos palabras. **Escribilos**, usando las palabras de la lista, como en el ejemplo.

pela	puntas		
sobre	polvo		
ante	ojos		
guarda	todo		
saca	papas		

*relapapas*

### Las oraciones, parte por parte

- **Leé** la oración del cuento, pensando en cada parte por vez.

Del otro lado, en la calle, había un hombre, con un sobretodo negro.

- **Elegí** las cajitas para formar dos oraciones como las del cuento. **Uní.**

Arriba,	en la esquina,	había un pichón,	con una alita lastimada.
Cerquita,	en la rama,	aullaba una perra,	con el rabo entre las patas.

- **Elegí** una de las dos oraciones y **escribí** qué pasó después.

.....

.....